

garlos y perderlos, ó ganar con ellos la cantidad apetecida.

—Excelente idea. Los arriesgasteis al *baccarat*; por cierto que recuerdo haberos visto jugar; pero estoy en la idea de que ganabais, y mucho.

—Mucho gané; pero con el deseo de llegar á la suma prefijada, perdí las ganancias, y mi capital con ellas.

—Lo sé: ¿y no os quedó recurso alguno?

—Ninguno.

—Entonces, adiós matrimonio, y agur esperanzas.

—¡Ah! ¡pues si no tuviera esperanzas!—dijo violentamente Beuvret.

—¿De veras? ¿Lo decís formalmente? ¿Y en qué consisten esas esperanzas?

—¡Qué sé yo en qué! Tal vez en las mismas que esta noche me habéis dado. Quiero asirme á una última esperanza.... ¿No decíais hace poco que uniendo nuestros esfuerzos podríamos hacer fortuna?

—Lo he dicho, y lo creo; pero ¿estáis dispuesto á prestarnos completa ayuda?

—¡Dispuesto!—exclamó el joven con ronca voz, sin mirar á sus compañeros.

Y luego añadió, como si hablara consigo mismo:

—Por casarme con ella daría la vida y el honor, como he sacrificado mi fortuna, cuanto po-

seña, los cien mil francos que bastaban para mi sostenimiento.... La amo con entusiasmo, con locura, porque amo por primera vez en mi vida....; antes de conocerla, mi corazón había sido insensible; pero desde que la vi, es dueña absoluta de mi ser...., sólo pienso en ella, sólo á ella veo, y no es mi corazón el único que levanta su voz, porque sólo me inspiraría nobles sentimientos: es también mi imaginación, son mis sentidos, que al fin se despiertan....; y además (prosiguió con voz apagada), sufro, sufro mucho, tengo celos terribles.... Su padre quiere casarla con otro, que es rico, joven y de tan gallarda presencia, que bien pudiera ser que acabara por amarle.... ¡Oh, y antes que eso, la mataría, y sabría matarme!

—No os excitéis más (dijo fríamente el Marqués); calmaos, y busquemos entre todos el medio de satisfacer nuestras pasiones: yo la del juego, Montbarán la de las mujeres, y vos la de una mujer.

#### IV.

Sentados junto á la mesa, desprovista ya de manjares y cubierta solamente por un mantelillo de café, sobre el cual había un candelabro, cajas

de cigarros y copas de licor, buscaban nuestros personajes, dando vueltas á la imaginación, la fecunda idea de que debía nacer su enriquecimiento.

Hemos dicho mal *buscaban*, porque sólo Beuvret se tomaba este trabajo. Montbarán pensaba para sí:

—El Marqués no se ha reunido esta noche casualmente con nosotros; lo que ha buscado ha sido ocasión de hablarnos, después de haber estudiado nuestros caracteres durante largo tiempo. Por lo tanto, ese hombre tiene un plan que someterá á nuestro juicio muy en breve, sin importársele un ardite de los nuestros. Conocedor como es de nuestra escasez de dinero, de nuestras necesidades y del partido que de nosotros puede sacar, no es posible que este hombre haya pensado ni por un momento que de nuestras calenturientas cabezas pueda brotar una idea que valga millones. Seguramente ha concebido un proyecto completo, que no puede ejecutar por sí solo, y que le obliga á buscar nuestro concurso. Esperemos, pues, los acontecimientos.

Y esperaba, en efecto, en tanto que Beuvret, algo trastornado desde que los licores habían sustituido al champagne, se devanaba los sesos buscando ideas y enjaretando proyectos que eran otros tantos castillos en el aire, que el Mar-

qués se encargaba de deshacer uno por uno.

—Excelente (decía con una sonrisita irónica); no tiene otro inconveniente ese negocio sino que para acometerlo se necesitan grandes capitales. ¿Creéis que podrán encontrarse?

Montbarán, por decir algo, ó acaso por secundar los deseos del Marqués, añadía:

—Transcurrirán bastantes años antes de que el negocio produzca; de modo que la muchacha tendrá tiempo de casarse una docena de veces con el buen mozo rico que tanto os preocupa.

Beuvret palidecía, se mordía los labios con coraje, y proponía seguidamente otro plan que no obtenía mejor éxito. Víctima, al fin, del más profundo abatimiento, quedó silencioso.

—¡Y pensar (murmuraba el Marqués) que hay en París, en este París que tan bien conocemos, tanto millonario, tanto *nabab* que no sabe qué hacer con el dinero que reposa en el fondo de sus arcas, como en este instante reposa en el lecho su poseedor!... La centésima parte de una de esas colosales fortunas, repartida entre nosotros, bastaría para salvarnos.

—Verdad es (objetó Montbarán); ¿pero creéis acaso que esos caballeros piensan en repartir su fortuna?

El Marqués, como si nada hubiera oído, prosiguió:

—Oid: aun no hace mucho, en casa de mi

agente de bolsa (hace dos meses aún lo tenía; hoy me sería perfectamente inútil), vi entrar una mujer pequeña, delgada, enfermiza, vestida de negro y pobremente, tanto, que á haberla encontrado en la calle, me hubiera complacido socorrerla con una limosna. Se acercó á la caja, y dijo con una vocecilla chillona :

—«¿Á cuánto asciende mi cuenta?»

El cajero hojeó un libro, y replicó:

—«Tenéis, señora, un saldo á vuestro favor de seiscientos mil francos, producto de la venta de valores.

—«¿Está disponible el dinero?»—preguntó ella.

—«Sí, señora; hemos cobrado esta mañana en el Banco; como hoy es 15 (añadió el empleado sonriendo), esperábamos vuestra visita.

—«Muy bien», contestó ella con sequedad.

Y comenzó á recibir los seiscientos billetes de mil francos, que contó uno por uno con extraordinaria presteza, como persona muy habituada á hacerlo; después guardó los billetes, paquete por paquete, en un saco de cuero sujeto á la cintura con una doble correa, y colgado del cuello por una cadenilla de acero. Cerró el muelle que en la boquilla tenía el saco, y volvió á cubrirlo con su abrigo, una esclavina que no hubiera querido aceptar una mendiga, y después de saludar al cajero con una ligera inclinación de cabeza, se alejó rápidamente.

—«¿Y cómo se llama esa urraca?»—preguntó Montbarán.

—Eso mismo le dije yo al cajero (replicó el Marqués); por él supe que se llamaba señora Le Forestier.

—¡ Ah! (exclamó Montbarán.) ¡ Es la misma, no he debido dudar!

—¿Qué, la conocéis?

—De nombre, como todos; se asegura que posee más de cien casas en los barrios nuevos, y desde luego figura como uno de los primeros contribuyentes de París.

—En efecto, no os equivocáis; eso es precisamente lo que me dijo mi agente de Bolsa al hablarme de ella.

—«No creáis (añadió) que su recolección de billetes ha terminado; ahora subirá á un carruaje que la aguarda á la puerta; pero ¡ un carruaje de alquiler!, que servirá para llevarla de casa en casa á todas las de su propiedad, que por cierto no están mal situadas; tiene una alquilada para almacenes, oficinas y círculo de recreo, que le produce una renta de trescientos mil francos.... Ahora irá percibiendo de los porteros encargados de cobrar los alquileres, los devengados hasta hoy 15 de Octubre, que guardará en el saco, y seguirá su caminata.

—«Sin embargo (observé yo); no es posible que vaya á las cien casas.

—»¡Oh! Es mujer muy dispuesta; ya habéis visto cómo cuenta dinero; aún la ha de sobrar tiempo para visitar á otros dos ó tres agentes, porque con nosotros no le basta, y para presentarse en el Banco de Francia....»

—¿Donde dejará depositado el contenido de su talegón?—interrogó Montbarán.

—No tal; donde lo rellenará con el importe de los intereses de acciones é importe de dividendos, de los que cobra un millón ó millón y medio de francos, y á veces más; según dicen, sobre todo cuando, al vencimiento del trimestre, percibe los cupones de deuda del Estado.

—Pero todas esas sumas ¿caben en aquel saco de cuero?

—Sin duda; los billetes dispuestos en metódica colocación, en fajos bien arreglados, no ocupan mucho: un millón en billetes no abulta más que dos tomos de 500 páginas en 18.º

—Bien se conoce que habéis manejado millones,—interrumpió Montbarán.

—Pero ya no los manejo, y podéis creer que esto me desagrada.

—¿Y qué hace la señora Le Forestier de los suyos?

—Pasar la noche contándolos, viendo sus libros, tratando de rectificar sus anotaciones ó de ver si ha olvidado alguna, y pensar en lo que debe hacer al día siguiente.

—¿Sólo al siguiente día?

—Sólo. Cuando llega á su casa con el talegón repleto, es porque no hay caja abierta donde poder cobrar, y, por lo tanto, hay que suspender el trabajo hasta el otro día. Después consulta sus proyectos con la almohada, y se duerme, soñando en negocios imposibles.

—¿Se acostará con el talegón?

—¡Ya lo creo! Y le sirve de almohadón; un almohadón muy agradable, que no me haría á mí extrañar la cabecera.

—¿Y no tiene miedo á los ladrones?—preguntó Beuvret.

—Toma precauciones; tiene llena de cerrojos la puerta de la alcoba; por lo demás, no es tan cándida que haya ido á habitar un hotel ú otro edificio aislado. Vive en un piso segundo, bastante modesto, del boulevard Haussmann, donde está rodeada de vecinos, y tiene un timbre eléctrico para poder avisar á los porteros en todo evento.

—Tendrá muchos criados que sirvan de guardianes del tesoro.

—No, por cierto; tiene un criado, una doncella y una cocinera, que duermen en el quinto piso, porque á la señora no le gustan ruidos ni trágfn á su alrededor, y sólo se queda con su niño.

—¿Conque tiene un hijo?

—De unos siete á ocho años.

—¿Luego esa mujer es joven?

—La señora Le Forestier no tendrá más de treinta y cinco años, aunque representa muy bien veinte más con sus trajes estropeados, su rostro macilento y su cabeza poblada de canas.

—¡Canas á esa edad!

—¡Ya lo creo!... Desde que murió su marido envejeció muchísimo. Recordaréis de él: era el famoso Le Forestier, el primer hombre que se dió cuenta en París de que la edificación iba á recibir gran impulso por los barrios del Oeste comprendidos entre la Magdalena y el Parque Monceau. Compró los mejores terrenos, y considerad los miles que eso valió. Su mujer, que indudablemente le amaba por su golpe de vista é inteligencia para los negocios, en los que era muy arriesgado, quedó inconsolable á su fallecimiento; después se retiró del trato social, y vive casi con escasez, ocupada solamente en aumentar su fortuna y educar á su hijo.

—¿Será rico el monigote?

—Tendrá de cinco á seis millones de francos de renta; pero como rentas tan elevadas no se gastan en un dos por tres, sobre todo cuando están en poder de una señora Le Forestier, claro es que sirven para acumularse al capital.

Montbarán, que había estado oyendo con suma atención al Marqués, le preguntó de súbito:

—¿Y cómo sabéis todo eso, amigo mío?

—Como lo sabe todo París.

—Ya; pero todo París habla del capital de esa mujer, sin fijar su cuantía, mientras que vos lo precisáis, así como los detalles íntimos de la madre y del hijo, de los vecinos, la habitación y las costumbres.

—Porque tuve un ayuda de cámara que había servido en su casa (es mujer que cambia de criados con frecuencia), y como es áspera, descontentadiza y tacaña, el que entra en su casa, por el hecho de ser rica, la abandona muy pronto; así es que siempre se la ve en las agencias de criados.

—Pues es peligroso cambiar de criados con tanta frecuencia, cuando uno vive sin otra compañía que la de sus millones,—observó Montbarán.

—Efectivamente: pudiera ser peligroso (replicó con aparente indiferencia el Marqués). Y yo, que tengo siempre la imaginación ocupada (cuando no juego), inventé el otro día una especie de novela ó drama, en el cual desempeñaban los principales papeles la señora Le Forestier y sus criados.

—¿De veras? Contadnos eso,—exclamó Montbarán, cogiendo otro cigarro de una de las cajas que había sobre la mesa.

—Con mucho gusto, pero rogándoos que seáis

indulgentes con los detalles, porque sólo se trata de un sueño, del proyecto de un libro ó el plan de un drama.

—¡Ah! Pues tratándose de un sueño (repuso Montbarán sacando el reloj), es la hora más á propósito, porque son las tres de la madrugada.

—¿Ya? (preguntó Beuvret); y aún no hemos adelantado un paso.

—Pero no dudéis que lo adelantaremos muy pronto. Escuchemos ahora el drama ó la novela del Marqués. ¡Tal vez!... ¿Quién sabe si en su relato hallaremos lo que buscamos? La casualidad suele dar sorpresas muy gratas....

—Bien; escucho, pues.

Entonces el Marqués, con la vasija del agua helada y un enorme vaso delante, siempre sonriente, con voz clara, muy clara, y mirando con fijeza á sus oyentes, para darse cuenta de la impresión que les causaba su relato, comenzó á exponer el argumento de su drama.

## V.

Un hombre de nuestro temple, joven, robusto, como vosotros, señores, pero arruinado como nosotros, y decidido á todo por hacer fortuna, deja á París á fin de Diciembre, con objeto de

pasar, según dijo, una temporada en el Mediodía. Hasta ahora no hay misterio alguno. Los porteros y los curiosos lo ven tomar un carruaje, vestido de la manera que corresponde á un hombre de nuestra clase cuando viaja. Su equipaje únicamente deja algo que desear. Este lo constituye una maleta, que había comprado de lance, ó, mejor dicho, que le habían comprado algunos días antes. Se hace conducir á la estación de Lyon, paga el coche, se desembaraza de los objetos propios de viaje, y de pronto, después de meditar algunos instantes, manifiesta á los empleados de ferrocarril que se había dejado en su casa olvidada alguna cosa, y, por lo tanto, que no marchará hasta el tren siguiente. Toma otro carruaje, hace colocar á su lado la maleta, y da al cochero la dirección del hotel de segundo orden que primero se le viene á la memoria. Una vez en marcha, abre la maleta, y saca de ella un gabán de paño basto bastante usado y de corte poco elegante, y le cambia por el que lleva puesto.

—¡Cuánto detalle!—dijo Montbarán.

—Son indispensables, amigo mío, y es necesario que os resignéis.

—Estoy resignado. Continúa.

Al llegar al hotel cuyas señas había dado, se presenta como un criado de provincias que busca colocación en París, alquila una modesta habi-

29736

tación, donde no tarda en metamorfosearse, merced á un traje de sirviente que guardaba en la maleta, y en lugar del cual coloca el que acaba de quitarse. Después de inspeccionar con cuidado la solidez de las cerraduras, sale del hotel, y se dirige á la agencia de colocaciones, de la que es parroquiana la señora Le Forestier.

—¡Ah! ¡Al fin aparece ella!—exclamó Montbarán.

El Marqués, sin hacer caso de la interrupción, continuó :

—Mi hombre, después de manifestar al director de la agencia que deseaba entrar en una casa honrada y tranquila, y de ofrecer recompensar generosamente este servicio, da las señas de su hotel para que le avisen, y se retira.... Pasan algunos días.... Se le proponen diferentes colocaciones. Las rechaza, ó puede ser que las acepte, á fin de conocer bien su obligación cuando entre en casa de la señora Le Forestier.

—¿Creéis que entrará?—preguntó Montbarán.

—¿Por qué no? El criado que ahora tiene ésta no debe estar más satisfecho que sus antecesores. Si se queda en la casa, es porque espera los aguinaldos. Se irá, no lo dudéis, en los primeros días de Enero. Por otra parte, amigo mío, mi suposición es admisible, puesto que se trata de una novela, de un drama, ó de una obra de imaginación.

—Es justo.

—Desde que nuestro hombre, llamémosle Antonio, para mayor facilidad del relato, sabe que el criado se halla dispuesto á marcharse, se dirige á la agencia de colocaciones, y pide que le envíen y recomienden á la señora Le Forestier. El director le entrega una carta para su cliente. Ésta, al ver á Antonio, lo encuentra de buen aspecto y simpático. Le agrada por su discreción y porque no le pide mucho sueldo. Dice que antepone á sus intereses el poder estar en una casa tranquila. La señora Le Forestier lo acepta, y ya le tenemos colocado.

—¿Y qué hace?

—Hasta el 14 de Enero su conducta no deja nada que desear. El día 15 la señora Le Forestier, con su exactitud acostumbrada, sale temprano, con objeto de hacer sus cobros. La casa queda sola; el hijo de la dueña, que está de medio pensionista en un colegio, se va por la mañana y no regresa hasta la hora de comer. La criada siempre acostumbra á ir con su señora cuando ésta va á hacer sus cobros. Antonio, al quedarse solo, se dirige al cuarto de su ama y se acerca al lecho. El timbre eléctrico que pone en comunicación el dormitorio de la señora Le Forestier con el departamento del portero, y el cual cuelga de la pared á manera de cordón de una campanilla, lo corta, á fin de interrumpir la co-

municación, y vuelve á unirlos de tal manera, que no sea fácil advertirlo.

Hecho esto, se dirige á los cerrojos que su dueña acostumbra á correr por las noches. Los arranca uno tras otro, y después, al volverlos á colocar, les pone clavos exactamente iguales á los que antes tenían, pero sin doblarles las puntas, de manera que no puedan resistir al menor empuje, con objeto de que cuando la señora Le Forestier se encierre en su habitación creyendo estar segura, los cerrojos cedan tan luego como sea empujada la puerta.

—¿Vuestro hombre (dice Montbarán, sin dejar de prestar atención) tenía el propósito de introducirse el 15 de Enero en el cuarto de la señora Le Forestier?

—Sin duda, y se introduce en el tercer acto de mi obra.

—¿Solo?

—Así quería hacerlo; pero por prudencia se procura compañero.

—¿El autor de la obra?

—No. Éste no tiene tanta ambición como Molière. No quiere ser autor y actor á un mismo tiempo. Se contenta con escribir la obra y que otros la representen.

—¿Por qué?

—Porque no es tan joven y robusto como sus compañeros, y les estorbaría en lugar de ayudarles.

—¿Cuándo se introduce en la casa el segundo compañero?

—El 15 de Enero por la noche. No hay necesidad de que sea antes. Se esconde en el quinto piso, en la habitación del otro, y espera.

—¿La noche?

—No, la madrugada, la mejor hora del sueño.... Bajan los dos sin ruido, desde el quinto piso al segundo; sin hacer ruido entran en el cuarto por la puerta de servicio, y de la cual Antonio, como criado que es, tiene la llave. Escuchan, y no sienten el menor ruido.... Después atraviesan resueltamente la antecámara del salón. La alfombra apaga el ruido de sus pisadas. Llegan á la puerta de la alcoba, la empujan de pronto.... y la puerta cede.

—¿Y?...—exclama Montbarán, pálido y con temblorosa voz.

—Se dirigen al lecho (continúa con calma el Marqués).... Al ruido, la señora Le Forestier despierta sobresaltada. Pero no lanza más que un solo grito; pues pronto una mano le tapa con fuerza la boca, mientras que otra la sujeta de manera que le es imposible de todo punto hacer el menor movimiento.... Es el más fuerte de los dos jóvenes, ó de los dos cómplices, si queréis, el que se había encargado de dar cuenta de aquella pobre mujer nerviosa, y no destituida de valor seguramente, pero privada en aquella oca-



sión de toda defensa. El otro, á favor de la claridad del día que comienza á penetrar por los cristales, busca el lugar donde debe hallarse el dinero. Lo encontrará seguramente bajo las almohadas, ó tal vez entre las sábanas. Si la señora Le Forestier lo oculta en algún mueble ó secreter, debe tener las llaves á su lado, sobre la mesa de noche, ó debajo de las almohadas. Cuatro ó cinco minutos les bastan para sus pesquisas.... Se apodera del tesoro, y ayuda á su compañero á colocar á la señora de manera que ni pueda gritar para pedir socorro, ni menos que al salir pueda perseguirlos.

—¿Qué le hacen? (preguntó Montbarán, ansioso y conmovido.) ¿Acaso la matan?

—No por cierto. Mi drama no es sangriento. Se limitan únicamente á sujetarle los pies y las manos, y le aplican á la boca un pañuelo de seda, atado fuertemente, el cual, si bien no le deja gritar, no le impide la respiración.... No tardará mucho en poder soltarle; mas los minutos que seguramente ha de emplear en esta operación son suficientes para que tengan tiempo de marcharse sin temer nada. En efecto: salen de prisa de la habitación, después de la casa, bajan por la escalera de servicio, y se dirigen á la habitación del portero.... Antonio avanza solo, mientras que su compañero se dirige hacia la cochera, dispuesto á salir tan pronto como la puerta

se abra. ¿Por qué no habían abierto? El conserje despierta al sentir á Antonio, y creyendo que se había quedado dormido, se apresura á tirar del cordón.... Si abriga sospechas, pronto las desechará viendo al criado de la señora Le Forestier, su propietaria.

Salen; se separan. Cada cuál vuelve á su domicilio, del cual han faltado la noche únicamente. Como tenían fama de trasnochadores, á nadie le puede llamar aquello la atención. Respecto á Antonio, vuelve al hotel, donde aún conservaba su habitación, siguiendo la costumbre de otros muchos criados, que, siempre descontentos de su colocación, tienen reservado un sitio para el día que la dejen.... Se dirige á aquél, y hace lo contrario del día de su llegada; se pone los vestidos buenos, y coloca en la maleta el traje de criado, á excepción del malhadado gabán, que no cambia hasta que está dentro del carruaje; recoge su maleta; sale del hotel, y se dirige á una estación cualquiera; toma un billete para la primera estación que se le ocurre, y hace facturar su equipaje. Mas, como la primera vez, en lugar de marcharse, vuelve á París, se dirige tranquilamente á su casa, y concluye su viaje al mediodía.

—Lo de la maleta (observó Montbarán) puede parecer sospechoso.

—De ningún modo. No da tiempo á que se

registren los equipajes. Deja el suyo en la estación para ir á buscarlo después. Al día siguiente compra una maleta parecida á la otra, la llena de diversos objetos, y la hace llevar por la noche á su casa.

—¿Eso es todo?—preguntó Montbarán.

—No; aún nos queda el quinto acto, que es el más interesante. Será representada una escena, en la cual se repartirán un millón quinientos mil francos ó más, encerrados en un saco.

—¿Y cómo se dividirán?

—En tres partes iguales: la primera será entregada al autor del drama; las otras dos á los que le han representado: á los actores.

Después de beberse otro vaso de agua helada, dirige una penetrante mirada á sus compañeros, y les pregunta con voz tranquila:

—Y bien, señores, ¿qué os parece mi obra?

—Puede (dijo Montbarán) tener éxito; pero es necesario meditarlo mucho antes de ponerla en escena.

—Seguramente; y vos, Beuvret, ¿qué decís?

Beuvret se levantó pálido, agitado, convulso.

—¡Basta de rodeos y de mentiras! (gritó.) ¡Acaso creéis que hace tiempo no os vengo comprendiendo! Venís tramando un crimen, y pretendéis hacerme vuestro cómplice. Pues bien, no; lo rechazo.... lo rechazo....

—¡ Ah! Dispensadme, caballero (dijo el Marqués con su inalterable sangre fría). No consiento que se me atribuyan intenciones que no puedo tener. Repito que todo esto es simplemente el proyecto de una comedia. Únicamente á vos se le ha ocurrido interpretar en mal sentido mi idea. Ésta estriba en un robo, y esto os repugna seguramente. Mas los personajes robados no tienen nada de simpáticos. Únicamente se ataca á una pobre diablo. Se trata de hacer una pequeña brecha en la fortuna ridícula, ultrajante, de una avara; y con ello se salva á tres personas de la miseria, de la desesperación, y hasta del suicidio.... Pero veo, señores, que es demasiado tarde para ocuparse por más tiempo de una simple comedia. Si os ha interesado, ya se continuará.

Y llamó para pedir la cuenta.

## VI.

El 16 de Enero de 1862 un criado entró, á las siete de la mañana próximamente, en la habitación del portero de la casa número.... del boulevard Haussmann, y le dijo:

—¿Está enfermo el niño de la señora Le Forestier?

—No lo sé (respondió Thibault, que así se